

MONTALBAN

UCAB
No. 30

REVISTA MONTALBAN

Fundador

José del Rey Fajardo

Efraín Subero

Directora

Angelina Pollak-Eltz

Consejo de Redacción

Luis Ugalde

Orlando Alvarez

Hermann González Oropeza

Jesús Olza Zubiri

Diseño Portada

Alirio Palacios

Composición y paginación

Publicaciones UCAB

Impresión

Editorial Exlibris

Dirección

Universidad Católica Andrés Bello

Apartado 29068

Caracas 1021 - Venezuela

Telf. 58-02-442.9511

Director de Publicaciones

Emilio Píriz Pérez

Depósito Legal pp. 76-0527

Universidad Católica Andrés Bello
Facultad de Humanidades y Educación
Instituto de Investigaciones Históricas

1997



**Centenario del
nacimiento de
Mario Briceño Irigorry**

MONTALBAN/30



Indice

Presentación	7
Duelo UCAB	13
Carta de Don Mario Briceño Iragorry al Padre Pedro Pablo Barnola	15
THAMARA HANNOT / Don Mario Briceño Iragorry y la creación de la tradición	23
LUO/Mario Briceño Iragorry y la libertad espiritual de la Iglesia	59
LAURA FEBRES / Un debate vigente. Mario Briceño Iragorry y César Zumeta (1932)	65
WAGNER SUÁREZ/EI pensamiento cristiano de Mario Briceño Iragorry en el proceso restaurador de la Iglesia venezolana	75
MANUEL DONIS/Correspondencia entre Mario Briceño Iragorry y Pedro Pablo Barnola, S.J.: Semblanzas desde el exilio	107
FRANCISCO JAVIER PÉREZ/Historiando los pequeños dominios lexicográficos. Notas sobre dos textos de Mario Briceño Iragorry	121
LUCIANA DE STEFANO/EI viaje de Galeotto Cei. La relación de un viajero italiano en la Venezuela del siglo XVI	131
DOMINGO IRWIN/A manera de introducción. El bloqueo de las costas de Venezuela (1902-1903) y la política interna del Reino Unido	157
ROGELIO ALTEZ/La otra historia de Chacao. Crítica historiográfica a la existencia del cacique Chacao	207
JOSEF DREXLER/Geografía de lo sagrado, cosmovisión y enfermedad entre los Xenus del interior de la Costa caribe colombiana	229
ELÍAS PINO ITURRIETA/Pueblo, humanismo y pesimismo en Briceño Iragorry	255
RESEÑAS	269
LISTA DE AUTORES	279

Presentación

Don Mario Briceño Iragorry, es una figura de excepción en la Historia y el Humanismo Venezolano. Pero además es una personalidad cimera del catolicismo nacional. Con razón la Dirección de Cultura de la Universidad Central tituló su publicación de homenaje nacional en el décimo aniversario de su muerte como: "Mario Briceño Iragorry pensador Católico y Nacionalista". Don Mario siempre fue un escritor-maestro que se afanó constantemente en comunicar, contagiar, y enseñar. Cuanto escribe, lo hace con cariño e intención pedagógica. Fue la suya, además, la voz inolvidable de la conciencia de un aguerrido nacionalismo. En tal sentido, la suya fue una voz pedagógicamente repetitiva en defensa de lo nuestro, como afirmación de nuestra entidad histórica. Una voz perdurable, con su típica expresión de afecto desvelado por lo venezolano. Lo perdurable y lo pedagógico en él, es la desgarrada reflexión sobre nuestro destino nacional. La voz de Mario Briceño fue la de un insistente reclamo para que se tomara conciencia de la necesidad de la afirmación de nuestro ser de pueblo. Lo hizo con una vehemencia que resultaba incompatible con la pasiva e indiscriminada aceptación de todo lo foráneo para dejar de ser hispanoamericanos, para sajonizarnos. Su mensaje perenne radica, en esa constante e insistente búsqueda por cuidar la savia de la criolalidad para no ceder nunca al espejismo barato de los buhoneros de la historia que políticamente, pretenden cambiar el bien-ser por el bien-estar, en lugar de buscar conciliar ambos en el concreto existir histórico.

En uno de sus últimos trabajos, "Mensaje sin destino" (Madrid 1951) escribió:

En los últimos años yo he dedicado por entero mi trabajo de escritor a la defensa de la idea nacionalista. Mi obra ya larga de historiador, está también consagrada al estudio del suelo histórico donde enraíza el árbol poderoso de la patria. En mi modesta labor de servidor público, puse siempre de norte los intereses autonómicos de la República. Hoy, fuera del país, comprenda que nada me acerca tanto a su corazón dolorido como proseguir románticamente —según dicen los compatriotas perdidos para las empresas del espíritu— la obra paciente y sin lustre actual de defender sus signos esenciales.

La Universidad Católica Andrés Bello al dedicar este número de su Revista *Montalbán* a su memoria, con ocasión del Centenario de su nacimiento, hace suyo y reitera lo que fue su aspiración y anhelo en cuanto retornó a la Patria. Hacerlo suyo dentro de nuestra Universidad, entonces naciente. Don Mario estuvo vinculado a esta nuestra Universidad desde su fundación por el derecho propio que le otorgara su identidad con sus ideales

fundacionales; sino además por la amistad personal que profesara a sus dos primeros Rectores, los Padres Carlos Guillermo Plaza y Pedro Pablo Barnola.

En el Primer Anuario de esta nuestra Casa de Estudio se destacan las honras fúnebres que se le tributaron en el modesto Paraninfo de la incipiente Universidad. Le invocó expresando: "La Universidad Católica Andrés Bello te buscó. Tu pensamiento parecía vaciado en el molde de nuestro Credo y de nuestro Programa. Dios te llevó para sí. La muerte para un cristiano no es tétrica sino triunfante...¡".

Cuando hoy dedicamos este número de nuestra Revista *Montalbán*, profesamos ser consistentes con nuestro aprecio y valoración de ayer. He querido destacar en esta presentación la carta de Don Mario para el padre Barnola del 28 de mayo de 1956, no sólo por ser inédita sino porque ella se proyectó en el acontecer venezolano de la Iglesia, y también en la vida de la Universidad Católica.

Pero acompañan el cuerpo de esta edición otros estudios sobre el pensamiento y proyección del pensamiento de este insigne venezolano, cuyo centenario de nacimiento celebramos. Todos ellos son estudios modulares que demuestran la vigencia rectora del pensamiento del laico que fue "Mario Briceño Iragorri pensador Católico y Nacionalista".

Al proyectar para hoy el triunfo de Don Mario Briceño Iragorri, con sus ideales perennes, tenemos que recordar que Briceño Iragorri era muy consciente, y así lo confesara, que existía "un viejo argumento con que mis compañeros me han criticado siempre: que yo soy más pasional que meditativo y que creo demasiado en la honradez de los principios".

El sostenía como necesario que "Para que la Patria logre su dimensión de deber y de sacrificio, es de imperio que la llama de su altar consuma y purifique los resabios de egoísmo que herrumbran el metal de nuestra voluntad personal". (Coda, Madrid, 1953). Con vehemencia advertía sin embargo, que

mal hacen quienes dan valorización de reclamo individual al horno de pasiones que arden al soplo de los intereses mayores de la Patria. Aquí sí resulta pecado grave arrojar ceniza apaciguadora. Para que ese horno se mantenga en tono digno, precisa atizar toda manera de fuego y urge arrojar en él toda especie de combustible. Justamente para que ese fuego creador no decaiga es requerido el sacrificio de nuestras pasiones subalternas. Inspirado por sólo el alto interés de Venezuela, he dado sueltas a la pluma. Lo que en torno a sus problemas he escrito, no tendrá brillo ejemplar, pero sí calor donde resalta la pasión que me hace buscar para mi oscuro nombre de ciudadano skio entre los nombres de los ciudadanos que han sacrificado en sus altares y no en la lista de quienes de sus altares tomaron para beneficio personal los mejores y los más ricos cabritos, ofrendados por el pueblo sufrido que sirve de soporte a la gula de los falsos dioses.

Su aguerrida postura de lucha la traduce en forma irreductible, y así escribía sin ambages: "Años hace que aspiro a que se me excluya de la lista

de los “prudentes” de mi país. En 1942 llamé “virtud culpable” a la prudencia con que entre nosotros se ha pretendido dignificar el amañamiento con las posiciones cómodas y concupiscentes. Venezuela ha sido víctima propiciatoria de hombres prudentes y cobardes. A mi, por dicha o por pena, me ha tocado reaccionar ya en la vejez, inclinadora a la cómoda claudicación, contra la prudencia culpable en que discurrió mi juventud”. (Adenda).

“La prudencia culpable”, es una expresión repetida por Don Mario. Una y otra vez; y la encontramos ya en una de sus primeras obras como es el “Caballo de Ledesma”, porque él sostiene que el carácter de los venezolanos está enfermo por una prudencia que enmascara la timidez para decir la verdad y nos hace culpable de nuestra crisis de pueblo.

Beatriz, la hija albacea de su memoria, nos ha hecho llegar para su publicación una carta de él, dirigida desde su destierro de Madrid al Padre Barnola con fecha 28 de julio de 1956. Mi primera reacción al leerla fue buscar su respuesta en el archivo del Padre, que se conserva en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UCAB. El original está bien archivado en la carpeta bajo su nombre junto con otras misivas de Don Mario de fechas diferentes, e incluso están archivadas unas fichas manuscritas en letra de Barnola que aluden a su correspondencia mutua. Pero no aparece ninguna copia de las misivas con que Barnola le contestaba. Quizás se encuentren en una carpeta separada.

La carta es una dura reprensión o reclamo contra la conducta de personeros de la Iglesia Católica frente al régimen perezjimenista. Recomendando su lectura. Creo que es la primera vez que se hace pública. Al escribirla ha sido consecuente con lo que sostuvo siempre, que no se podía dar paso a la larga conspiración de prudencia de los venezolanos. Él había escrito que el “hábito de disimulo y la terca tendencia de miserear la verdad sea la causa más fácil del temor a pensar por sí solos que asusta a muchos; es decir del temor a asumir una posición que no tenga en un momento dado el respaldo de quienes reparten las bulas del éxito”.

Esta carta dirigida al Padre Barnola da cumplimiento a la verticalidad de su conducta y convicciones. Sospecho que cartas de parecido contenido pueden haber sido recibidas por el que vendría a ser el Cardenal Quintero, Monseñor Pellín y por el Padre agustino Ángel Sanz. Sin embargo la amistad con el Padre Barnola lo privilegiaba como corresponsal. Voy a permitirme reproducir algunas.

Su carta “Me ha servido de testimonio de su leal amistad, en una hora en que la mayoría de mis amigos niegan mi nombre y procuran arrojar sobre mi, toda manera de ataques”. (Madrid abril 9 de 1952). Otra reza así: “Son tan ningunos los amigos que se ocupan en hacerme llegar un eco de su aprecio,

que me sorprende cuando alguno rompe el inmenso Mar Tenebroso que me separa de mi amada Patria". (Madrid, Septiembre 26 , 1953).

La censura política del régimen era de temer. Barnola usaba caminos indirectos para escribirle, como lo confiesa públicamente en su discurso ante las cinco Academias Nacionales en 1978: "no obstante lo riesgoso que este fuera, por vía indirecta le hacíamos llegar nuestras letras que sabíamos le caían bien". En España increíblemente los mismos jesuitas por temor le distanciaban del Padre Plaza. Escribe Don Mario: "he buscado en vano al P. Plaza, en Maldonado (la Residencia jesuítica en Madrid) que no sabían nada de él. Estoy escribiendo al Padre Arana en Loyola, por si anda por aquellos santos pagos. Sé de su recia labor en la Universidad..." (Madrid, 14 de mayo de 1956).

En otra carta le hace llegar a Barnola copia de la que había dirigido a la Academia Nacional de la Lengua, criticando su medrosa y complaciente decisión de excluirlo de la representación venezolana en el II Congreso de Academias de la Lengua que se celebró en Madrid en 1956. Le pide que muestre su contenido a tres académicos específicos. Con razón Don Mario recriminaba a la Academia "que la actitud observada por el Cuerpo conmigo, habrán de convenir en que se quebrantaron las elementales normas de consecuencia y de la caballerosidad" (Madrid, mayo 3 de 1956).

Hoy no puede uno sorprenderse, sino por el contrario agradecer que fuera un cristiano de vida sacramental quien alertara a la Iglesia de su inconsecuencia moral al prestarse a la maniobras politiqueras del régimen y que son objeto de la denuncia de Don Mario. Como testimoniará Barnola, el templo de San Francisco "era lugar asiduo de su oración, ...orando con la serenidad varonil de quien vivía conscientemente su fe, ...aquí le veíamos, genuflexo e inclinada su frente siempre pensadora y de bien pobladas cejas, en alguno de estos confesionarios, reconociéndose pecador, y pidiendo absolución y gracia". En la Misa que se celebró en San Francisco en el Décimo Aniversario de su muerte recoge la enseñanza de Don Mario, diciendo:

Así era este amigo a quien tanto quise, tal vez más de lo que pudiera pensarse; porque sentí que más cerca de él estaba en comunión espiritual, cuando se hallaba más distante y más necesitado de amigos verdaderos, en sus largas horas de pesar, de amargo destierro, de persecución.. El era imbatible, tenía temple para todo, pero me dolía verle sufrir y yo escribía, desafiando censuras de la represión... Sentía que era su deber cívico cristiano de aquella hora de tinieblas, levantar la voz cuando tantos callaban... (Caracas, 6 de junio de 1968).

En los inescrutables caminos de Dios, bien podemos pensar que la reacción acomodaticia de los hombres de Iglesia frente al régimen Perezjimenista cambió con algún influjo de las ideas de Don Mario. Precisamente ahora se cumplen 40 años de la Pastoral del Arzobispo Arias Blanco que tanta repercusión tuvo. Esa carta pastoral del primero de mayo

de 1957, causó revuelo desde los corrillos del Seminario hasta en las misas de las parroquias y barrios marginales y principalmente dentro de las Universidades, incluida la Católica.

Recuerdo vivamente, cómo al leer y comentar la carta en un barrio marginal de Catia se me fueron acercando funcionarios de la Seguridad Nacional, mientras un bombero de la gasolinera cercana se vino hasta el altar para decir que si intentaban hacerme preso, antes él habría disparado contra los esbirros. Ciertamente la carta no tenía nada de revolucionario o subversivo; pero tenía el coraje de reclamar los derechos de la promoción humana como parte del mensaje cristiano. La carta disentuía del optimismo del régimen. La decisión gubernamental de impedir su circulación produjo inusitados efectos en todos los sectores que buscaban el texto. La represión gubernamental fue haciéndose cada vez más estridente, y si bien dentro de las filas del clero y de los mismos jesuitas no había acuerdo sobre la línea conducta que debería seguirse, los editoriales de La Religión y aún las simples homilías eran ocasión para que creciera el número de objetantes. Sin género de dudas era significativo, que un buen número respaldaba a Pérez Jiménez a quien veían como un Franco tropical. Según el testimonio posterior de Pedro Estrada él convocó a los Superiores Religiosos. Al referirse al Provincial de la Compañía de Jesús declara: "Primero hablé con el jesuita y me dijo: la Orden jesuita no es calderista. Caldera tiene amigos dentro de los jesuitas; pero la orden no está comprometida. Yo estoy dispuesto a apoyar el Gobierno".

Barnola fue despachado clandestinamente para Barquisimeto, al final de noviembre de 1957. La explicación sería doble. Barquisimeto sería un lugar de ocultamiento para evadir la represión, o era un lugar de destierro por haber autorizado sin consulta previa una reunión de profesores que querían publicar un manifiesto recriminando la represión existente, o era un acto riesgoso para la Universidad. (Noviembre 27 de 1957).

Cómo pensaba el Padre Barnola en estos momentos, puede conocerse por sus discursos de meses más tarde en la graduación del 2 de septiembre de 1958.

Esta Universidad digo, haciendo honor a su nombre y a la misión educativa que le corresponde, supo comprometerse con la valentía y decisión que reclamaban los trágicos momentos que vivía la Patria. No hubo temores ni vacilaciones; sin imprudencias, pero también sin cobardías, estuvimos prontos a jugarlos el todo por el todo. Y si este todo que se ponía en juego era la vida misma del instituto, no temimos por su desaparición momentánea o temporal, pues sabíamos bien que la vida de las Universidades no se cuentan por años sino por siglos, y que por grave que fueran las circunstancias del presente al fin los hombres pasan, pero las instituciones quedan.

La postura de Barnola coincidía con la que venía exigiendo Briceño Iragorri, había que evitar caer en el pecado de una prudencia culpable. Era

claro que se tramaba una conspiración para deshacerse de él. Esto lo sabíamos los que estábamos cerca de los sucesos. Pero la confabulación debía ser tan conocida que Don Mario se la escribe a Barnola desde Génova el 31 de julio de 1957, aduciendo la noticia que le transmitía "desde México Pulido Méndez", donde escuetamente informaba que "al P. Barnola lo sacaron", cuando todavía faltaban meses para su destierro a Barquisimeto.

La postura del estudiantado ucabista respaldaba a Barnola, como lo reflejará el discurso de graduación de Guido Arnal, quien vendría más tarde a ser su Rector; pero sobre todo se vio cuando exigieron que Barnola regresara de Barquisimeto a presidir su graduación protocolar, pues de lo contrario la colación del grado se haría por un mero trámite de Secretaría.

Hermann González Oropeza, S.J.

Duelo UCAB*

A nosotros a pesar de tener sólo la juventud de un lustro, se nos ha ido ya Don Mario Briceño Iragorry. En la oración fúnebre en su memoria y honor que tuvimos en el funeral celebrado, decía el orador Reverendo Padre Luis María Olaso, S.J., director de la Facultad de Humanidades: "La Universidad Católica Andrés Bello no se contentó con ofrecer a Mario Briceño-Iragorry una invitación esporádica, una conferencia, ni un título de doctor, que aunque merecido fuera puramente honorífico, con más ambición le había ofrecido una cátedra en la Facultad de Humanidades y Educación desde donde su pensamiento de jurista o humanista brillara como faro rector para estas generaciones universitarias.

Dios te hizo retornar para la despedida, y tus breves pasos por la tierra que tanto amaste fueron un camino triunfal. La Universidad Católica Andrés Bello te buscó. Tu pensamiento parecía vaciado en el molde de nuestro Credo y de nuestro programa. Dios te llevó para sí. La muerte para un cristiano no es tétrica, sino triunfante. El cementerio no es un lugar de honor, sino tierra bendita donde los justos duermen en espera de resurrección. Tu vida no se acabó:

"Vita mutatur, non tollitur.

Et dissoluta terrestres huius incolatus domo

Aeterna in Coelis habitatio comparatur"

dice la Liturgia. Para el cristiano

"La vida se cambia, no se acaba

Y disuelta la casa de esta morada terrestre

Se adquiere una eterna habitación en el Cielo."

* Anuario de la Universidad Católica Andrés Bello, Caracas 1958.

Carta de Don Mario Briceño Iragorri al Padre Pedro Barnola S.J.

Madrid, 28 de julio de 1956

Redo. Padre Pedro Barnola, S.J.

Caracas

Mi muy querido amigo,

Mi devoción hacia la Compañía y el afecto personal que a Ud. me une, me autorizan para dirigirle esta carta, en la cual me tomaré libertad de presentar a la consideración de Ud. una serie de puntos atinentes a la Iglesia, al clero secular, a la jerarquía y a los Padres Jesuitas, en sus relaciones con el orden social y político venezolano.

Mi devoción por la historia nacional y el conocimiento que tengo de las relaciones del Estado y de la Iglesia durante el azaroso período de la República, me prestan elementos para hacer enfoques realistas. Algún gobernante preguntó cuál es la mejor manera de dominar a la Iglesia, y el político que le aconsejaba díjole que haciendo elegir obispos tontos. En Venezuela, en realidad, ha habido una serie de obispos que por carencia de personalidad se plegaron al querer del gobernante. Además de esto, las asignaciones presupuestales y la ayuda del estado para la fábrica y el culto, han sido vías fáciles para que obispos y clérigos se hayan mantenido en una relación subordinada frente a la autoridad civil. En cierta oportunidad comentábamos Caracciolo Parra y yo hasta dónde pudo influir la vista gorda hecha por el gobierno en el incumplimiento de la Ley de Mayordomía de Fábrica, para acondicionar la complacencia de algunos obispos. En 1858 el viejo Juan de Dios Picón —católico rancio— escribía a Don Valentín Espinal sobre la necesidad de acabar con el sistema que hacía depender económicamente a la Iglesia del presupuesto nacional. Pensaba él que los obispos y los curas pagados por el Estado, obraban como subalternos de las autoridades seculares. Proponía una situación semejante al de las relaciones de la Iglesia con el estado portugués actual. A muchos de nuestros pastores faltó entereza frente a la arbitrariedad civil. Monseñor Navarro ha deglosado el caso del Optimo Prelado y si se examina su conducta frente al famoso *Te Deum* a la luz de su anterior actitud con el Padre Macario Yépes, se

comprende fácilmente cómo el arzobispo obró más como monaguero que como pastor celoso de los intereses de la grey. Lo salvó y lo magnificó, en cambio, la dureza de Guzmán Blanco. Ha ocurrido a veces que una actitud altiva de los prelados frente al autoritarismo secular, sea desautorizada por la Nunciatura. Conoce Ud. hechos recientes, como lo sucedido cuando la expulsión del Obispo Montesdeoca. También conocerá la intervención de Pietropaoli en el caso de Monseñor Antonio Ramón Silva, cuando este egregio pastor suspendió al Padre Pernía y desatendió las gestiones del gobierno para rehabilitarlo.

Ha habido, nadie lo puede negar, grandes fallas en la dirección de la Iglesia; sin embargo, las únicas que se quisieron hacer públicas, por medio de un proceso inoportuno y escandaloso, fueron las imputadas al Arzobispo Rincón González, acusado, entre otras cosas, de arrendar a bajos cánones los bienes de la Mitra. Sin embargo, no hubo visión universal y justa para enjuiciar la conducta del Arzobispo. Tardíamente se le quiso juzgar, pero no se pensó en lo que él había hecho por la Iglesia venezolana, anémica y empobrecida de sacerdotes desde el manotazo que Guzmán Blanco dio a los seminarios. A la influencia personal de Monseñor Rincón González, cerca del General Gómez, se debió no la fábrica del Seminario Mayor y la reconstrucción de la Metropolitana de Caracas, sino, sobre estas materialidades, la autorización para la entrada de nuevas órdenes religiosas extranjeras, entre ellas la Compañía de Jesús. Pocos pontificados como el del señor Rincón González tienen un haber más valioso en el área de la expansión religiosa. Así no fuera él brillante, la Iglesia ganó medios para hacerse fuerte, si hubiera habido ánimo de fortalecerla y no empeño de dividirla por medio de la intriga voraz y a causa de la voracidad mitral de algunos clérigos.

A Ud. le consta cómo yo he sido amigo del clero extranjero, así las circunstancias me hubieran proporcionado la paradójica oportunidad de haber sido censurado acremente por el nuncio Chiarlo (por desgracia hoy abiertamente enajenado) en razón de haber mediatizado yo, como Ministro en Costa Rica, la visa del pasaporte de un clérigo romano a la autorización del gobierno de Venezuela. En el clero extranjero he visto una inyección valiosísima para la fe y el culto de mi país. Posiblemente no ha habido siempre una buena selección en el escogimiento de cierto clero secular extranjero. Las órdenes religiosas se defienden, en cambio, por sí solas y se vigilan de manera muy eficaz. Al clero suelto, de procedencia extranjera, yo prefiero las órdenes religiosas, sin que esto empezca para que reconozca el mérito sobresaliente de algunos sacerdotes seculares idos allá del exterior.

Lamentablemente el clero nacional es poco. Entre los pocos, se destacan muchos sacerdotes cargados de virtudes y de celo apostólico. Otros, en cambio, no sólo descuidan su propio mundo interior y las obligaciones

públicas de su estado, sino que avanzan a mantener una pugna infeliz, ora con sus prelados, ora con las órdenes religiosas. De estas luchas está llena la historia interna de la Iglesia; estas menudencias penosas son, bien miradas, testimonio, por efecto contrario, de la fuerza divina que sostiene el edificio eclesiástico.

Llevo cuatro años de vivir fuera de Venezuela. Acá y en Italia he hablado con numerosos clérigos de allá venidos, con celosos católicos, que siguen el curso de nuestra vida religiosa, y con indiferentes, que cuentan las historias de la manera que mejor les viene. De sus relatos he sacado conclusiones desoladoras.

La crisis del pueblo, que yo teorice en mi "Mensaje sin Destino", en 1951, ha seguido hasta arruinar las fuerzas que pudieran salvar a la sociedad, en mi reciente ensayo "La Hora Undécima", yo relaciono nuestro drama nacional con la falta de resonancia pública de la moral privada. Alargando razones, imputo el carácter amoral de nuestra cultura a la carencia de directrices filosóficas y religiosas. Ha habido filosofía, pero filosofía atea o agnóstica. En último análisis: no ha habido conciencia religiosa que defienda la autenticidad de la moral.

Esto fue así en el siglo XIX y esto ha sido así a lo largo de todo este siglo. Pero, Castro y Gómez no promovieron movimiento alguno que se parezca a lo que hoy ocurre en nuestro país. Fueron ellos los últimos caudillos producidos por nuestro pueblo. El caudillismo fue un fenómeno explicable en nuestros países hispanoamericanos del siglo XIX y comienzos del presente. Originalmente fue secuela de la sobresaturación de jefes militares que produjo la guerra por la emancipación y del consiguiente estado de anarquía cantonal promovida por los viejos próceres. Fue, sin embargo, en el orden orgánico de la sociedad una manera primitiva de funcionar la democracia. Los caudillos locales y en especial el caudillo en torno al cual se unificaba la mayoría de ellos para estabilizar gobierno, contaban con un respaldo del pueblo. Cada caudillo tenía "su gente", como hoy los dirigentes civiles tienen sus adeptos. En aquellos viejos procesos el pueblo no votaba con papeletas cívicas sino con balas de fusil. En Venezuela la totalidad de estos caudillos ganaron su prestigio a punta de actos de valor probado en el campo de batalla. Gómez se ufanaba por haber derrotado a Luciano Mendoza, a su vez vencedor de Páez. Constituían en sí un proceso de prestigios personales que se desplazaban los unos a los otros. Para mí, desde un punto de vista de realidad histórica, la hora del caudillismo está completamente superada. Otro es el hecho de sistemas de gobierno sostenidos o mantenidos por los cuarteles. En este caso el ejército obra como factor mecánico de fuerza. A su frente no aparecen jefes prestigiados por una conducta heroica. La hoja de servicios de nuevos capataces está marcada por meros actos de

traición. Con un poco de conocimientos de armas o de manejo urbano de tropa, se encauza el temor que inhabilita la acción de los civiles. Los verdaderos caudillos de hoy se forman en el área de la lucha cívica. Los caudillos venezolanos actuales son Jóvito Villalba, Rafael Caldera, Rómulo Betancourt, Luis Herrera Campins. Los regímenes militares o cuarteros no coinciden sino en lo de administrar la fuerza, con la vieja idea del caudillismo, que llenó las épocas agitadas de nuestra historia guerrera. Lo de hoy es una simple organización castrense al servicio de la plutocracia de fuera y de dentro. Les falta aún el significado romántico que dio carácter de héroes a los jefes antiguos. Michelena pintó a Crespo sobre altiva caballería. Tito Salas pintó a Juan Vicente Gómez. A Marcos Pérez Jiménez no hay animal noble sobre el cual montarlo para un óleo vistoso. Los hoy llamados arbitrariamente "jefes" no son sino meros burócratas de uniforme o comerciantes vulgares adornados de presillas. El ejército actual es una simple expresión de la técnica para matar, que han perfeccionado los científicos sin escrúpulos, al servicio del imperialismo. Pero al régimen insolente que oprime hoy a Venezuela, se le ha querido hacer una "teoría" y se le ha prestado como el sostenedor de la Iglesia y del orden social. Gómez no intentó "rehabilitar" a la Iglesia. Gómez era dictador, pero su dictadura no era totalitaria. Hoy en Venezuela la Iglesia tiene que servir al "nuevo ideal nacional" y más de un obispo ha calzado escritos olatorios de este vergonzoso contubernio. En los ejércitos antiguos hubo sacerdotes que sirvieron de capellanes, y que muchas veces ayudaron a hacer la guerra con una peinilla en la mano. También estaban ellos tomados por el aire bárbaro del momento o participaban como hombres en los ideales llevados al campo de batalla. A la hora presente se ha creado una nueva institución bajo el nombre de "Servicio de Capellanías". En cierta oportunidad yo aconsejé que el Capellan General fuera un obispo. Se trataba entonces de un servicio normal en una república que, como la de López y la de Medina, caminaba a superar al militarismo. Cuando el gobierno de Acción Democrática ofreció la Capellanía General a Mons. J. Humberto Quintero, miré la presencia de Quintero en dicho cargo como una fuerza moral que podía influir favorablemente en el ánimo de los hombres del gobierno.

Hoy, el "Servicio de Capellanías" ha llegado a convertirse en el peligro mayor que confronta el clero, y por consiguiente, la Iglesia. Los capellanes han pasado a constituir rodajas de un servicio del ejército y han dejado de ser, lamentablemente, una voz de la Iglesia cerca de los fieles que hacen servicio militar. En un clero raquíto hay que pensar lo que significan cincuenta sacerdotes militarizados. Mirando a contraluz el caso, se diría que en la Iglesia ha sido implantada una jerarquía militar. Algo semejante a unos apóstoles revestidos de los arreos de los centuriones romanos. Se ha dado el hecho tristísimo de que el arzobispo de Caracas, para mejorar su situación política, haya buscado de auxiliar suyo al antiguo jefe de los capellanes

castrenses. Sé ya de sacerdotes que han solicitado su excardinación como protesta contra la llamada, en léxico de moderna milicia, "operación Lizardi".

Tal vez los demás obispos vayan lentamente solicitando para coadjutores a los sacerdotes militarizados. No se trata ya de sacerdotes dentro del ejército. Hoy se da el caso tremendo de un grupo de oficiales asimilados, con cursos técnicos, implantados en los cuadros de la Iglesia. Algunos son capellanes y curas de almas a la vez. Loable sería el caso si sólo se persiguiese la salvación de los fieles que forman los cuadros del ejército. Haga Ud. la diferencia: no es la Iglesia quien lleva la voz al cuartel, es el cuartel quien se mete en los cuadros de la Iglesia, pues todos sabemos que las capellanías son buscadas como las antiguas prebendas y dignidades, para holgar el capellán con buenos sueldos sin trabajo alguno.

Si el ejército representase una corriente defensiva del orden católico, yo no censuraría la acumulación de capellanes. Sería de suponer que la piedad de los oficiales reclamase la inmediata y frecuente asistencia religiosa. Los capellanes darían tono religioso a los cuarteles. Los clérigos disfrazados de militares dan, en cambio, carácter castrense al sacerdocio. No es la unión de incensario con la espada. Son las sacristías al servicio de los intereses bastardos de un sistema que niega los derechos del hombre. Son los apóstoles de Cristo absolviendo la impiedad de los déspotas.

Para nadie es un secreto lo que representa el actual sistema venezolano. El régimen imperante se llama anticomunista porque a quienes sirve les avergüenza llamarse capitalistas u oligarcas. Ni en Venezuela, ni en América se lucha contra el comunismo. En Venezuela, como en toda América se fomenta el comunismo de una manera descarada. La pseudolucha anticomunista venezolana descansa sobre el más absurdo de los métodos posibles. El anticomunismo criollo consiste en adversar la libertad y en negar los derechos esenciales del hombre, en cambio, ese anticomunismo festeja a los ladrones, a los asesinos, a los fornicarios, a los verdugos del pueblo. Por desgracia, esa cantinela ha llegado a ser coreada por clérigos, de calidad y aun por algunos señores obispos. Poner a desfilar a la Virgen de Coromoto y a Nuestra Señora del Valle en la farsa perezjimenista de la Semana de la Patria, es un sacrilegio imperdonable.

Si el clero quisiera luchar de verdad contra la ponzoña marxista, tendría que hacer suyo el consejo del admirable Padre Holzner: "Ni siquiera las encíclicas más hermosas del Papa y las teorías sociales más sublimes podían conseguir la recuperación total de las masas populares empobrecidas, a no ser que nosotros, los sacerdotes, adoptemos una actitud más ascética y nos mostremos dispuestos a compartir con el pueblo sus miserias y tribulaciones." ¿Dónde mi querido Barnola, están los sacerdotes que han expuesto su tranquilidad porque cesen las atribulaciones del pueblo

venezolano? Todos se excusan tras la frase vergonzosa de que "a Pérez Jiménez no se puede hablar de presos". Aceptar el derecho que Pérez Jiménez tiene para decidir las peticiones de justicia, es participar en el crimen de la dictadura. Es reconocer el derecho del déspota.

El método para levantar al pueblo sería llevarlo a la práctica de la moral religiosa. A un amigo de destierro, escribí ayer sobre ese tema. Venezuela es un caso moral. Las luces para alumbrar los caminos nuevos no puede ofrecerlas sino la Iglesia. Pero la Iglesia venezolana carece de autoridad para hacerlo. Salvo honorables y contadísimas excepciones, el episcopado tiene miedo y, en algunos casos, se ve tentado por la "munificencia" de los gobernantes. Hasta Roma han hecho llegar la historia de que el régimen presente es una garantía de orden. Monseñor Pedro Pablo Tenreiro interrumpió en estos días la paz seráfica del convento de Assís, con el elogio hiperbólico del régimen de Pérez Jiménez. Yo no negaría que es de orden dicho régimen, siempre que se agregase que el tal orden descansa sobre la injusticia. No me negará Ud. que lo que hoy reina en nuestro país es una farsa de orden, con cuyo apoyo se relaja la conciencia nacional. Ese relajamiento, aunque sea duro decirlo, está indirectamente apoyado por una jerarquía y por un clero que, lejos de contradecir la inmoralidad y el crimen circundante, hacen el juego al dictador. Nuestro clero tiene miedo a sufrir y prefiere la mesa abastada y los honores seguros. No son los pastores de la grey venezolana de los que dan la vida por sus ovejas. No son ellos de los que en un momento dado pudieran merecer los elogios que el romano pontífice dirige en su recientísima carta "Dum Maerenti animo" a los prelados y fieles de la Iglesia del Silencio. Estos luchan contra el materialismo que persigue. Los nuestros se entregan al materialismo que halaga con obsequios y ambiguas seguridades. Los obispos y fieles detrás la "cortina de hierro" creen en la asistencia permanente de Cristo para su Iglesia: muchos obispos y muchos sacerdotes de nuestra tierra dudan de las palabras de Cristo y buscan, por ello, estar bien con el Demonio.

¿Qué se levantan templos y se abren planteles de educación católica? Ya es conocido el caso del alejamiento del Padre Plaza del territorio nacional. Al régimen va bien que se le diga protector de una fe que destruye con sus actos. Al sistema interesa, como a Trujillo y a Rojas Pinilla, que se les considere defensor de la "cultura cristiana". Muchos aceptan y juegan a la farsa, mas no parece que rimen con una idea de "cultura cristiana". El libertinaje, la injusticia, el dolor, el fraude forman la substancia de la política actual.

Pero nuestro presente sistema tiene a la orden el "estírcol del demonio", según llamaban al petróleo los guaiqueries. Hay dinero para ganar toda manera de sufragios y para comprometer a las distintas clases de la sociedad.

En Venezuela todo es buen negocio. Recientemente en Italia los padres de un diplomático del Vaticano alababan ingenuamente a Pérez Jiménez y se mostraban a él agradecidos, por cuanto su generosidad para el hijo les permitía disfrutar de una vida generosa. Quien bien paga tiene buenos pregoneros.

La crisis es horrible, la crisis es espantosa. El clero está dividido, los sacerdotes irrespetan a sus ordinarios, los clérigos nativos atacan a las órdenes religiosas y a los sacerdotes extranjeros. Entre estos ataques menudean los que van dirigidos contra la Compañía de Jesús. La Compañía está hecha a eso. Antes de ser fundador, San Ignacio fue perseguido. Yo he venido escuchando ataques de clérigos contra los Jesuítas. Más de una vez en Venezuela hube de tomar parte en estos torneos agresivos. Sabe Ud. mi afecto para la Compañía. Pero los cargos presentes los encuentro más graves. A los Jesuítas se les quiere hacer aparecer como secretos propagandistas del perezecumenismo y hasta se ha dicho que el Padre Vela ayudaba en Mérida a formar cuadros de copeyanos desertores, hoy comprometidos con el régimen. En todo esto miro la obra maledicente de los enemigos de la Compañía. Pero las voces que me llegan, aún en boca de clérigos, me han llamado a alarma y me han obligado a dirigirle estas líneas. Ud., como yo, sabe la animadversión que en Venezuela hay contra la Compañía, especialmente entre el clero secular (En 1945 un sacerdote me habló de la angustia que en ciertos sectores clericales producía la idea de que Ud. fuese presentado para obispo de Cumaná). Si a esa animadversión se agregase ahora a la tacha de perezjimenismo, con que sus enemigos pretenden dañar a la Compañía, ya pensará Ud. lo que el provenir reserva a la orden jesuítica, puesto que el desgobierno actual no será eterno y hora vendrá en que las aguas tomen su justo nivel.

Esta carta va larga y es desgarrado y crudo su estilo. Desnudamente escribo a Ud. como testimonio nuevo de mi afecto a la Iglesia y al instituto ignaciano. Lo que escribo apenas es un diálogo entre correligionarios afligidos. Mis palabras tienen por hoy el ámbito de la amistad y el resguardo del silencio.

En breve estará impreso, con algunas reformas, el ensayito que me atreví a escribir sobre el extraordinario fundador de la orden jesuítica. Mi afecto a la Compañía lo reitera esta carta sincera, desnuda, que le dirijo como prueba de devoción y como voz de fuera, que quiere alertar a los jefes que planean la defensa de la plaza. Cerca tienen Uds. a Rafael Caldera, para oír voz de vigilante autoridad. La mía está mediatizada por el océano, que da mayor perspectiva a la tragedia venezolana.

Suyo, su amigo M B I